

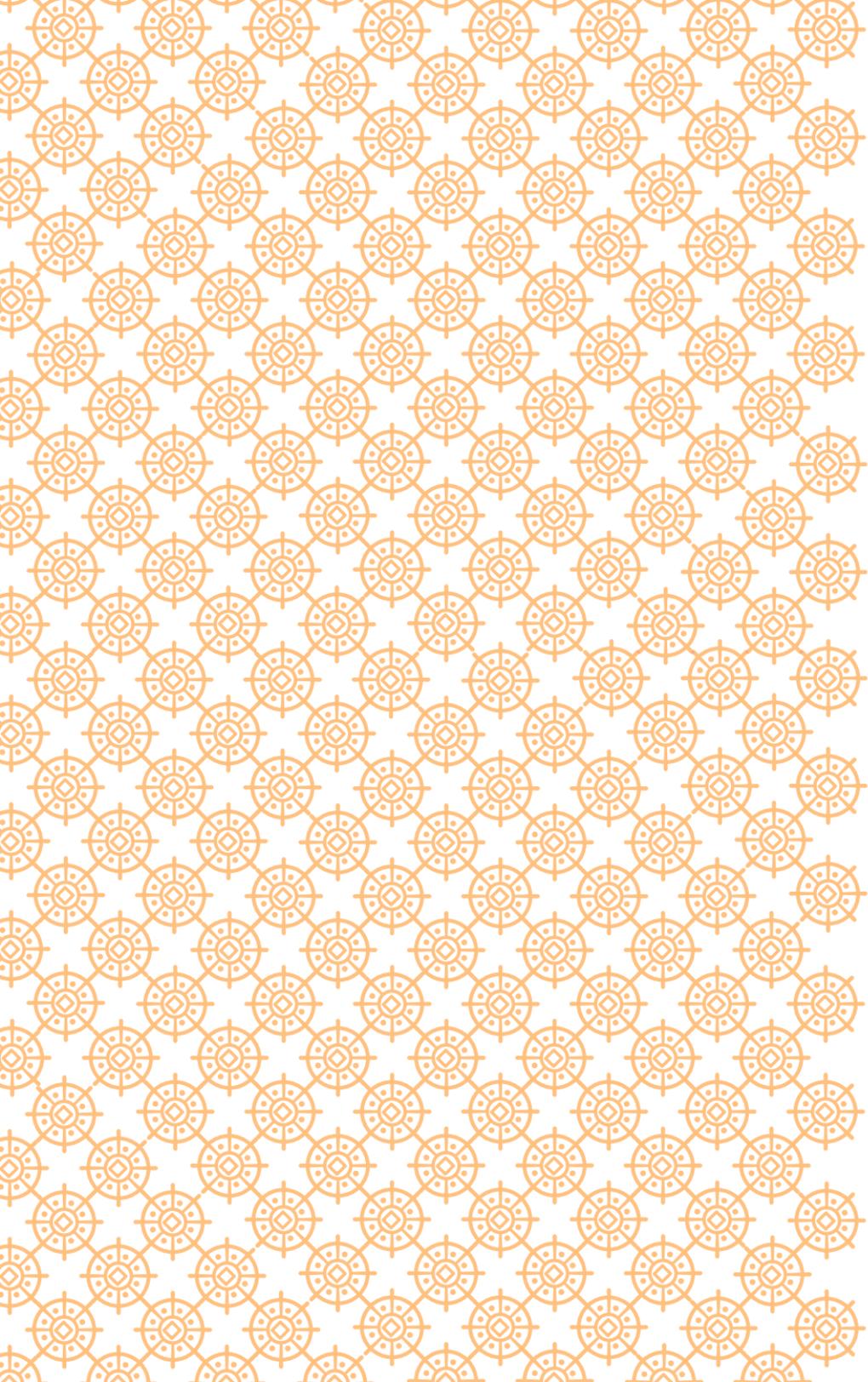
COLECCIÓN
◆ CAMINANTE ◆
FERNANDO DEL PASO

Aforismos Lichtenberg

Traducción de Juan Villoro



Programa Universitario
de Fomento a la Lectura



Aforismos Lichtenberg



Traducción de Juan Villoro

La presente edición es una selección de la obra:

Aforismos

Georg Christoph Lichtenberg

Edición y traducción de Juan Villoro

Biblioteca Universitaria de Bolsillo, 2012

Fondo de Cultura Económica

D. R. © 2012, Fondo de Cultura Económica

Carretera Picacho-Ajusco 227; 14738 México, D. F.

Empresa certificada ISO 9001:2008

Aforismos Lichtenberg

Traducción de Juan Villoro



Universidad
de Guadalajara





Itzcóatl Tonatiuh Bravo Padilla
Rectoría General

Miguel Ángel Navarro Navarro
Vicerrectoría Ejecutiva

José Alfredo Peña Ramos
Secretaría General

Sonia Reynaga Obregón
Coordinación General Académica

Patricia Rosas Chávez
Dirección de Letras para Volar

Sayri Karp Mitastein
Dirección de la Editorial Universitaria



Programa Universitario
de Fomento a la Lectura

Primera edición electrónica, 2015

Director de la colección
Fernando del Paso

Coordinador de la colección
Ángel Ortuño

Autor
Georg Christoph Lichtenberg

D.R. © 2015, Universidad de Guadalajara



Editorial Universitaria
José Bonifacio Andrada 2679
Colonia Lomas de Guevara
44657, Guadalajara, Jalisco
www.editorial.udg.mx

ISBN 978-607-742-198-6

23 de mayo de 2015

Se prohíbe la reproducción, el registro o la transmisión parcial o total de esta obra por cualquier sistema de recuperación de información, existente o por existir, sin el permiso previo por escrito del titular de los derechos correspondientes.

Estimado universitario:

Los resultados poco satisfactorios que se han obtenido en las pruebas PISA y ENLACE ponen de manifiesto que los estudiantes de nivel medio y superior en todo el país tienen dificultades con la comprensión lectora. La Universidad de Guadalajara, no ajena a esta realidad, decidió crear desde 2010 el Programa Universitario de Fomento a la Lectura “Letras para volar”.

Este programa promueve el gusto por la lectura a la par que se propone el desarrollo de la competencia lectora en estudiantes de diversos niveles educativos. Esta labor se realiza desde la función sustantiva de extensión en la que prestadores de servicio social de nuestra casa de estudios acuden semanalmente a escuelas primarias y secundarias para fomentar el gusto por la lectura, gracias a lo cual un total de 123,598 niños y jóvenes se han visto beneficiados con el programa desde su creación.

Desde las funciones de investigación y docencia, la Universidad de Guadalajara trabaja en favor de los jóvenes de nivel medio y superior para consolidar la competencia lectora y poner al alcance de los estudiantes la lectura, por tanto, hemos invitado a tres universitarios distinguidos a integrarse a este proyecto y seleccionar títulos para las tres colecciones que llevan su nombre:

- Colección Caminante Fernando del Paso
- Colección Hugo Gutiérrez Vega
- Colección Fernando Carlos Vevia Romero

Desarrollar la competencia lectora está no sólo en la base de la educación, sino en el apoyo mismo de lo que somos como sociedad. Leer en la universidad no se debe limitar a los textos escolares; por ello, ponemos a disposición de nuestros jóvenes tirajes masivos para que desarrollen el entusiasmo por la lectura y la incorporen a su vida cotidiana.

¡Que ningún universitario se quede sin leer!

Itzcóatl Tonatiuh Bravo Padilla

Rector General

Universidad de Guadalajara

“Caminante: no hay camino
se hace camino al andar.”

Caminante, nombre de esta colección, es una alusión a Antonio Machado, poeta español en cuya obra la figura del caminante destaca como el símbolo por excelencia del ser humano. Tiene la intención de ofrecer a los jóvenes la imagen de la lectura como parte del camino de sus vidas, al que pueden acercarse siempre con gusto y curiosidad renovada. La Colección *Caminante* pretende ofrecer esos mundos “ingrávidos y gentiles” que inviten a los jóvenes a recorrerlos siempre con nuevos ojos, una y otra vez, porque todas las lecturas son “estrellas en la mar”.

Índice



- 11** **Prólogo**
Fernando del Paso

- 13** **Presentación**
Ángel Ortuño

- 17** **Aforismos**
Georg Christoph Lichtenberg

Agradecemos a
Juan Villoro,
José Carreño Carlón
y Paulina del Paso.

Prólogo

FERNANDO DEL PASO

Yo fui un lector precoz y mi camino se inició con las caricaturas dominicales. Después con la literatura formal: el primer libro que leí en mi vida fue *Las mil y una noches*, obra clásica de la cultura arábica. Tuve así el privilegio desde niño de descubrir en la biblioteca de un tío algunos libros que incluso él no había leído, y entre ellos los *Aforismos* de Georg Christoph Lichtenberg. Tendría yo entonces 14 años y me deslumbró su sabiduría. El aforismo, según su definición original —Enciclopedia UHTEA— es una sentencia breve y doctrinal que se propone como regla en alguna ciencia o arte. Se considera sinónimo de aforismo a las palabras máxima, axioma y apotegma, y se cita como célebres los aforismos de Hipócrates y los aforismos de la escuela de Salerno. Sin embargo, la lectura de Lichtenberg nos deja un poco con un palmo de narices: algunos de sus aforismos parecen hechos para poner en tela de juicio los principios científicos y religiosos que creíamos inmovibles. En otras palabras, Lichtenberg no sólo nos recuerda que dos por dos son cuatro, sino que también sugiere que dos por dos podrían no ser cuatro.

Es esta ambigüedad la que nos permite disfrutar una y otra vez esos aforismos y la que nos convenció de la necesidad de que no sólo formaran parte de la colección *Caminante* sino que la iniciaran: nada mejor que una lectura como esta para que el lector supere la primera piedra —preciosa— en su camino.

Estamos muy agradecidos con el escritor mexicano Juan Villoro, quien muy gentilmente ha autorizado a la Universidad de Guadalajara a publicar en la colección *Caminante* una selección de sus excelentes traducciones de los aforismos de Georg Christoph Lichtenberg.

Presentación

ÁNGEL ORTUÑO

“¿Tenemos derecho a hablar de filósofos? No sé si suman una docena en Europa; los otros que así se llaman son maestros, doctores y profesores de filosofía. Y los filósofos antiguos son sin duda superiores a los de hoy: primero, porque no imitaban siempre; segundo, porque no querían inventar sistemas; tercero, porque les importaban más las cosas que las palabras; cuarto, porque eran mentes más libres; quinto, porque no los perseguía tanto como a nosotros la necesidad de ganarse la vida; sexto, porque tenían los ojos abiertos a la naturaleza. No hay razón alguna para que un filósofo, en la actualidad, observando esas mismas reglas no iguale los méritos de los antiguos: se agotan los filósofos, no la naturaleza.”

Georg Christoph Lichtenberg, autor de la cita anterior, fue un físico alemán nacido en Oberramstadt en 1742 y muerto en 1799 en Gotinga. En la universidad de esta última ciudad obtuvo, en 1769, una suplencia para dictar cátedra y en 1774 fue hecho socio de la Sociedad de Ciencias de Gotinga. Hizo dos viajes a Inglaterra, en 1769 y 1774, en el transcurso de los cuales estableció relaciones con los científicos más importantes de ese país, como consta en sus *Cartas de Inglaterra*, pu-

blicadas en 1776 y 1778. En 1775 fue nombrado Profesor Numerario en la Universidad de Gotinga, donde se dedicó a publicar artículos de divulgación científica y filosófica reconocidos por su extraordinaria facilidad para explicar los asuntos más complejos. Uno de sus alumnos más famosos fue Alessandro Volta, inventor de la pila voltaica, es decir, del tatarabuelo de lo que hoy cotidianamente llamamos pilas o baterías.

Lichtenberg se distinguió por sus conferencias, en las que se valía de aparatos de física experimental para hacer demostraciones, y también por el descubrimiento de las figuras eléctricas que llevan su nombre. Tal vez esto, dicho así de pronto, no les traiga nada a la memoria, pero les aseguro que también las han visto, ya sea en algún museo o, más probablemente, en alguna película de ciencia ficción o de terror, es decir, dondequiera que se haya representado un laboratorio: esa especie de árboles deslumbrantes que se producen como señal de que ciertas misteriosas máquinas trabajan: las descargas eléctricas ramificadas que ocurren cuando se libera una carga dentro o sobre la superficie de un material aislante.

Fue también un reconocido escritor satírico que fastigó, en artículos periodísticos, a los autores de obras cuyo sentimentalismo y aparatoso misticismo le parecían risibles. A Lichtenberg se debe la difusión entre los lectores alemanes de su época de obras de Shakespeare, Sterne y Swift. Entre sus numerosos volúmenes fue

uno, aparecido póstumamente, el que más renombre le diera. Se trata de los *Aforismos*, publicados por Albert Leitzman en Berlín en 1902.

No deja de ser extraño que este libro nunca se propusiera serlo: se trata de textos rescatados de unas libretas de apuntes que Lichtenberg llevaba de manera privada y paralela a todas sus publicaciones. Ninguna de esas libretas incluye la denominación “aforismo”. ¿Por qué, entonces, se les considera a estos textos como tales? Aquí es donde cabe preguntarse, por principio —y tal como lo hiciera el escritor español Enrique Vila-Matas—, ¿qué es un aforismo?

Si acudimos al *Diccionario de retórica y poética*, de la doctora Helena Beristáin, indudable autoridad en la materia, un aforismo se define como: “Breve sentencia aleccionadora que se propone como una regla formulada con claridad, precisión y concisión”. Una regla pero, ¿qué clase de regla? Y una nueva extrañeza: el aforismo es una regla de excepciones. Veamos: para explicarlo, Vila-Matas recurre a una comparación hecha por John Gross entre la máxima y el aforismo: mientras que la primera es “un pensamiento establecido”, el segundo “es siempre disruptivo”. O lo que es lo mismo: mientras que una máxima enuncia lo que ya todos sabemos, un aforismo entraña la voluntad de reírse, de rebelarse contra esas cuestiones que se dan por sabidas. Esto, creo, es mucho más aleccionador que conformarse con las verdades de siempre. Y, por supuesto, infinitamente más divertido.

“¿Tenemos derecho a hablar de filósofos?”, pregunta Lichtenberg en el texto citado al comienzo. Podemos hacer nuestras sus respuestas: nuestro autor no se limita a repetir verdades establecidas, no pretende inventar sistemas, usa las palabras pero no las aleja de las cosas, es una mente libre y es claro que sus ojos están todo el tiempo abiertos a la naturaleza, no en balde era físico, es decir, un estudioso de los fenómenos naturales. Por último, respecto a su necesidad de ganarse la vida, bueno... digamos que el humor negro tampoco está ausente de estos aforismos.

Aforismos



**Georg Christoph
Lichtenberg**

Hoy le permití al Sol levantarse antes que yo [...].



Varias veces he sido censurado por faltas que mi censor no tuvo el ingenio o la energía de cometer.



¿Crees que persigo lo singular porque desconozco lo hermoso? No, porque tú desconoces lo hermoso busco lo singular.



Si al cielo le pareciera útil y necesario volverme a editar en la vida, me gustaría comunicarle algunas vanas observaciones que se refieren, sobre todo, al dibujo del retrato y al plan general.



A lo largo de mi vida me han otorgado tantos honores inmerecidos que bien podría permitirme alguna crítica inmerecida.



A los 46 años empecé a observar los días más largos y los más cortos del año con un interés que sin duda es fruto de la edad. Todas las señas de obsolescencia en las cosas externas son indicadores del millaje de mi propia vida. Sin embargo, hasta la "sabiduría superior" (como me ha dado en llamarla en estos años) que implica percibir todo esto, me parece sospechosa.



Aunque mi filosofía tampoco descubra nada, al menos tiene suficiente corazón para considerar inexistentes los pensamientos establecidos.



Uno no puede estar tan feliz como cuando tiene la certeza de vivir *sólo* en este mundo. Mi desgracia estriba en no vivir jamás en este mundo sino en sus posibles desarrollos.



¡Ah, si pudiera abrir canales en mi cabeza para fomentar el comercio entre mis provisiones de pensamiento! Pero yacen ahí, por centenas, sin beneficio recíproco.



Sin duda, uno de los rasgos más singulares de mi carácter es la extraña superstición que me hace extraer un presagio de cada objeto y en un día convertir mil cosas en otros tantos oráculos. No necesito describir aquí algo que entiendo demasiado bien. El paso moroso de un insecto me sirve para responder preguntas sobre mi destino. ¿No es algo singular en un profesor de física?, ¿será esto inherente a la naturaleza humana?, ¿acaso en mí se ha vuelto monstruoso algo que en su proporción y mezcla natural es benéfico?



He notado claramente que tengo una opinión acostado y otra parado.



Cuando releo mis viejos cuadernos de reflexiones, a veces doy con una idea propia que me satisface. Me sorprende que una idea se pueda volver tan ajena para mí y mi sistema, y me alegro tanto como si se le hubiera ocurrido a un antepasado.



En mis estudios de juventud cometí el grave error de hacer un plano demasiado grande del edificio. La consecuencia fue que no pude acabar los pisos superiores, ni siquiera el techo. Al final me vi obligado a conformarme con el par de buhardillas que alcancé a construir (aunque no pude evitar que con el mal tiempo les lloviera adentro). ¡Así le sucede a algunos!



Ya que se escribe en público de pecados secretos, me he propuesto escribir en secreto de pecados públicos.



He escrito buena cantidad de borradores y pequeñas reflexiones. No esperan el último toque sino los rayos de sol que los despierten.



La cosa cuyos ojos y orejas no vemos y cuya nariz y cabeza apenas vemos. En pocas palabras, nuestro cuerpo.



En la Tierra no hay superficie más interesante que el rostro humano.



Los hombres más sanos, más hermosos y mejor proporcionados son quienes están de acuerdo con todo. En cuanto se padece un defecto se tiene una opinión propia.



Entonces, cuando el alma aún era inmortal.



¿Podría existir un animal incapaz de percibir su cuerpo en la misma forma en que nuestra alma no puede saber a ciencia cierta que está ahí? Para el materialista, las razones que demuestran la existencia del alma son demasiado débiles. Para el idealista, son débiles las otras.



Tal vez el hombre es mitad espíritu y mitad materia, así como el celentéreo es mitad planta y mitad animal. Las criaturas más peculiares siempre están en la frontera.



El espíritu se vuelve más uniforme a medida que se desprende de lo corpóreo; en cambio, a medida que se le aproxima, las diferencias se vuelven más frecuentes (dije lo mismo en relación con los planetas).



Los fisonomistas empiezan a construir un enorme edificio para escalar el archivo secreto del alma. La razón, que está hasta arriba, sonrío, pues ya prevé que antes de que este babélico monumento alcance una cuarta parte de su altura, los idiomas de los albañiles se confundirán y quedará inconcluso. El genio de los dioses.



Pregunta: ¿Será posible educar a un hombre de tal manera que, sin perder el juicio, articule todas sus ideas en forma tal que sea inservible para la sociedad? ¿Es posible un loco artificial?



¿Por qué nos duele tan poco un pulmón supurado y tanto un uñero?



Las cosas más importantes se hacen a través de ductos. Pruebas: los órganos reproductores, la pluma para escribir y el fusil. ¿Qué es el hombre sino un lío de ductos?



Es difícil sentir la herencia del mono en los pies humanos, pero a veces se puede. En cambio, es muy difícil llegar a lo humano.



Si otra generación tuviera que reconstruir al hombre a partir de sus escritos más sensibles, pensaría que se trataba de un corazón con testículos. Un corazón con escroto.



Eso que ustedes llaman corazón está bastante más abajo del cuarto botón del chaleco.



Al pueblo lo arruina la concupiscencia carnal contra el espíritu y al intelectual la concupiscencia espiritual contra el cuerpo.



Todos los deseos no son sino meros juegos de nervios. El ambiente no es algo volitivo: ni mi miedo ni mi deseo más ardiente son capaces de detener la más ligera neblina de la borrasca; ella prosigue el camino que le ha sido determinado. El hombre no está compenetrado con el planeta, solo con su cuerpo.



No es de extrañar que los elegantes gusten de verse en el espejo, pues así se ven enteramente. Si el filósofo tuviera un espejo para verse por entero, tampoco él se apartaría de ahí.



La moderación presupone el placer; la abstinencia, no. Por eso hay más abstemios que moderados.



Cierto amigo acostumbraba dividir su cuerpo en tres pisos: la cabeza, el pecho y el bajo vientre. Con frecuencia deseaba que los inquilinos del primero y del último pisos se toleraran mejor.



Todo hombre también tiene su trasero moral, que no enseña sin necesidad y mientras puede cubre con los pantalones de la decencia.



Hay dos caminos para alargar la vida. El primero consiste en alejar los puntos del nacimiento y la muerte. Se han inventado tantas máquinas y cosas para lograrlo que si uno las viera todas juntas sería imposible pensar que sirven para alargar un camino. Entre los médicos hay quienes han contribuido mucho a esta materia. La otra forma consiste en caminar más lento y dejar los dos puntos donde Dios quiera. Ésta corresponde a los filósofos, que saben que no hay nada mejor que recolectar plantas, caminar sin rumbo fijo, saltar una tumba de vez en cuando, dar un rodeo hacia terreno despejado, donde no haya quien observe y uno se atreva a dar una voltereta, y así en adelante.



Cuando uno es joven apenas sabe que está vivo. La idea de salud sólo se adquiere con la enfermedad. Advertimos que la Tierra nos atrae por el impacto de la caída. Si el envejecimiento se interrumpe, ese grado de enfermedad se convierte en una especie de salud y uno ya no nota que está enfermo. Sin el recuerdo de la salud pasada no se percibiría el cambio. Por eso creo que los animales sólo envejecen en nuestros ojos. Un erizo que el día de su muerte lleva una vida de ostra no es más infeliz que la ostra. Pero el hombre, que vive en tres niveles, el pasado, el presente y el futuro, puede ser infeliz

cuando uno de ellos se arruina. La religión incluso ha introducido un cuarto: la eternidad.



Nuestro mundo llegará a ser tan refinado que creer en Dios resultará tan ridículo como hoy en día creer en fantasmas.



Por más que en ellas se predique, las iglesias siguen necesitando pararrayos.



Con los huevos de Pascua sucede lo mismo que con el santo Cristo: en cuanto uno averigua de dónde vienen, deja de recibirlos.



Hay una especie de ventriloquía trascendental con la cual los hombres pueden aparentar que algo dicho en la Tierra viene del cielo.



La invención más fácil para el hombre: el paraíso



En las profecías el exégeta suele ser más importante que el profeta.



Dios realmente debe querernos mucho, pues siempre aparece cuando hace mal tiempo.



Casi todos los maestros de la fe defienden sus teorías, no porque estén convencidos de su verdad, sino porque alguna vez lo estuvieron.



Sin duda hay algo auténtico en el odio a la religión, es decir, algo presumiblemente útil. Me gustaría mucho que se tratara de encontrarlo. Nuestros filósofos hablan del odio a la religión como de algo que se puede pasar por alto. No hay duda de que se equivocan.



Narra el señor Camper que cuando un misionero le habló del infierno a una comunidad de groenlandeses, hizo tal descripción de las llamas amenazantes y se refirió tanto a su calor que todos empezaron a anhelarlo.



Es realmente asombroso que nos basemos en brumosas nociones causales para creer en un Dios del que no sabemos nada y del que no podemos saber nada, pues explicar todo a partir de un Creador es siempre antropomorfismo.



Cuando los religiosos ven a un librepensador hacen tanto escándalo como las gallinas cuando ven que el patito que ha crecido entre ellas se aproxima al agua. No se dan cuenta de que la gente puede vivir en ese elemento tan bien como en el seco.



En el mundo, los santos han logrado más en escultura que vivos.



¿Es nuestro concepto de Dios algo más que una personificación de lo incomprensible?



Cuando un libro choca con una cabeza y suena a hueco,
¿se debe sólo al libro ?



Les entrego este libro, no como unos binoculares para
ver a los demás, sino como un espejo para que se vean
ustedes.



La metáfora es mucho más inteligente que su autor, y
esto sucede con muchas cosas. Todo tiene su profundi-
dad. Quien tiene ojos ve todo en todo.



Y sin embargo, no se puede negar que aunque ese pala-
dín de las metáforas suele decir menos de lo esperado,
con frecuencia dice más de lo que él mismo se propone.
El escritor da cuerpo a las metáforas; el lector, alma [...].



Nos asombramos de los pueblos indígenas que escriben cartas con nudos. Nuestras letras no son sino nudos de líneas que al salir de la sombra forman ciertos volúmenes.



Del berrido del niño surgió el idioma como de la hoja de parra un vestido de gala francés.



Un discurso no tiene que estar impreso; hubo buenos oradores en tiempos en los que presumiblemente se escribía mal, y algo que se puede leer bien no tiene que ser escuchado; son dos cosas muy distintas. Una pintura no debe estar bajo el microscopio. Nuestros dramaturgos deberían tomarlo en cuenta.



Miles de personas pueden ver el sinsentido de una frase sin tener la capacidad de refutarla formalmente.



Esto debe servirme de advertencia. Como aquel gran escritor francés, de ahora en adelante no daré nada a la imprenta sin que antes lo lea mi cocinera.



En cierta obra de un hombre célebre preferiría leer lo que tachó que lo que dejó.



Al prólogo se le podría llamar pararrayos.



La gran regla: si tus pequeñeces no son singulares en sí mismas, al menos dilas en forma levemente singular.



Se diría que el señor S., que entró a la fama por el portal de la historia, quisiera escapar de ella por la portezuela de la poesía.



Sin duda, la primera sátira fue hecha por venganza. Utilizarla para el mejoramiento del prójimo, contra los vicios y no contra los viciosos, es ya un pensamiento domesticado, enfriado, deglutido.



Al escribir mantén la confianza en ti mismo, un orgullo noble y la certeza de que los demás no son mejores que tú; ellos evitan tus errores y en cambio cometen otros que has evitado.



Hablar en sueños podría ser usado con provecho en una novela.



Con poco ingenio se puede escribir de tal forma que otro necesite mucho para entenderlo.



Algunos de nuestros ancestros debe haber leído un libro prohibido.



Conocer objetos externos es una contradicción. El hombre no puede salir de sí mismo. Cuando pensamos que vemos objetos sólo nos vemos a nosotros. En realidad no podemos conocer otra cosa en el mundo que lo que somos y los cambios que nos ocurren. Del mismo modo, nos es imposible sentir "por otros", como se suele decir. Sólo sentimos por nosotros mismos. La frase suena dura, pero no lo es si se entiende correctamente. No se ama ni al padre, ni a la madre, ni a la mujer, ni a los hijos, sino las sensaciones agradables que ellos nos producen: halagan nuestro orgullo y nuestro amor propio. No puede ser de otro modo, y si alguien lo niega es que no lo entiende. En este tema nuestro lenguaje no debe ser "filosófico", en la misma medida en que no es "copernicano" al referirse al universo [...].



La invención del lenguaje precede a la invención de la filosofía, y esto es lo que la dificulta, sobre todo cuando se trata de que sea comprensible para quienes no piensan mucho por sí mismos. Cuando habla, la filosofía está siempre obligada a usar el lenguaje filosófico.



¿No es curioso que una traducción literal casi siempre sea mala? Sin embargo, todo se puede traducir bien; ahí se aprecia qué tanto se entiende un idioma, es decir, qué tanto se conoce al pueblo que lo habla.



Un buen personaje para una comedia o una novela: alguien con tal sentimiento de culpa que entiende todo con excesiva sutileza, interpretándolo en su contra.



No estaría mal un libro de primeros auxilios para escritores.



Las reseñas literarias son una especie de enfermedad infantil que afecta en mayor o menor grado a los libros recién nacidos. Hay ejemplos de algunos muy robustos que sucumben a la enfermedad y de otros débiles que la superan. Algunos ni siquiera la contraen. Con frecuencia se busca inocularlos con prólogos, dedicatorias zalameras o aun con los juicios del autor, pero esto no siempre ayuda.



Está bien que los jóvenes enfermen de poesía en ciertos años, pero, por el amor de Dios, hay que impedir que la contagien.



[...] Podemos estar seguros de que en ningún buen poema el primer verso se escribió al principio.



¡Qué barullo tendríamos en el mundo si transformáramos todos los nombres en definiciones!



El primer libro que habría que prohibir en el mundo sería un catálogo de libros prohibidos.



Decir mucho en pocas palabras no significa hacer primero un ensayo y luego acortar los párrafos, sino reflexionar sobre el asunto y expresar lo mejor de la reflexión, de tal modo que el lector inteligente distinga que algo se ha suprimido; significa, en realidad, dar a entender, con un mínimo de palabras, que se ha pensado mucho.



Mientras más racionalmente se aprende a diferenciar un idioma, más difícil resulta hablarlo. El habla diestra depende mucho del instinto y no se puede alcanzar con la razón. Se dice que ciertas cosas deben aprenderse en la Juventud; esto también se aplica a los hombres que cultivan su razón en detrimento de todas sus otras facultades.



El lenguaje metafórico es una clase de lenguaje natural construido con palabras arbitrarias pero precisas. Por eso gusta tanto.



Con los epigramas sucede lo mismo que con todas las invenciones: los mejores producen la irritación de no haberlos pensado uno mismo. Justamente a esto se refiere la gente cuando dice que los pensamientos deben ser naturales.



[...] Con frecuencia analizo esta idea: es extraordinariamente fácil escribir mal. No me refiero a que sea fácil escribir algo que a uno mismo le parezca malo, no, sino a que sea tan fácil escribir algo malo que sea considerado hermosísimo. Esto es lo decepcionante. Trazo una línea recta y todo el mundo dice que es curva. Trazo otra, "ésta de seguro será recta", pero ahora me dicen: "¡ay, ésta es todavía más curva!" ¿Qué puede hacerse? Lo mejor es no volver a trazar rectas y en cambio observar las líneas de los demás, o reflexionar por uno mismo.



Un error que el mal escritor y el escritor meramente ingenioso tienen en común consiste en que más que iluminar su tema, lo usan para mostrarse a sí mismos. Uno conoce al escritor y nada más que al escritor. Aunque en ocasiones resulte muy difícil suprimir un párrafo ingenioso, hay que hacerlo si no es sustancial. Esta crucifixión hace que poco a poco el ingenio se acostumbre a las riendas que debe colocarle la razón [...].



[...] Siempre prefiero al hombre que escribe como se puede poner de moda, al que escribe como está de moda.



Las reglas de la gramática son meras convenciones humanas; por eso cuando el diablo se le aparece a los poseídos habla un mal latín.



En ninguna obra, en especial en una literaria, debe notarse el esfuerzo que ha costado hacerla, un escritor que desee ser leído por la posteridad no debe escatimar esfuerzos para resumir en una sencilla nota al pie de un capítulo todas sus investigaciones bibliográficas y sus reflexiones sobre determinadas polémicas, de tal modo que parezca que tiene tantas ideas que se puede dar el lujo de desperdiciarlas.



Había desbordado su biblioteca como se desborda un chaleco. Las bibliotecas pueden ser demasiado estrechas o demasiado amplias para la mente.



Quien tenga dos pantalones, que venda uno y compre este libro.



La inteligencia es una cosa espléndida, pero cuando no se necesita es lo más torpe e inútil que hay en el mundo. ¿Qué os dice que debéis usarla al leer una oda? Las odas han sido escritas con un adormecimiento de la inteligencia, ¡y vosotros las juzgáis despiertos! En una palabra: la obra correcta está ahí, pero no aportáis la cabeza apropiada [...].



[...] Si alguien escribe mal, qué más da, hay que dejarlo escribir. Transformarse en buey aún no es suicidarse.



Aquello tuvo el efecto que por lo general tienen los buenos libros. Hizo más tontos a los tontos, más listos a los listos y los miles restantes quedaron ilesos.



El único defecto de los escritores realmente buenos es que casi siempre ocasionan que haya muchos malos o regulares.



[...] Seguramente, Horacio no escribió para personas que pasaban de la escuela de la ciudad a la universidad, ni quiera para los maestros de estas personas; no podía escribir para ellos después de vivir en la primera corte del mundo. Cada quien escribe con mayor facilidad para el grupo de gente al que pertenece [...]. Muchos [...] habrán murmurado en sus adentros que a ellos los antiguos no les saben igual que ciertos nuevos. Debo

reconocer que me ha pasado lo mismo; he admirado a algunos antes de que me gusten, y otros me han gustado antes de entenderlos. Estoy convencido de que le sucede lo mismo a algunos comentaristas de estas obras. Admiré a Horacio mucho tiempo antes de que me gustara, tenía que hacerlo, así como en Viena uno tiene que arrodillarse cuando sucede eso que allá llaman "lo venerable". Milton y Virgilio me gustaron antes de entenderlos [...].



Alguien que ni siquiera distingue entre la lectura pasiva y la activa.



Uno se resiste a hacer un cucurucho para la pimienta con una hoja en blanco. Si está impresa, uno la usa con agrado.



Una expresión bien lograda es ya un buen pensamiento, pues es casi imposible expresarse bien sin mostrar lo expresado desde un lado favorable.



Leer equivale a tomar prestado; inventar, a saldar cuentas.



Si usamos una palabra vieja, generalmente transita por el canal de significado abierto por el abecedario. Una metáfora crea un nuevo canal y lo recorre de punta a punta. Utilidad de las metáforas.



Darle el último toque a una obra, es decir, quemarla.



Si ni siquiera por la ropa se pudiera reconocer a los sexos y hubiera que adivinarlos, surgiría un nuevo mundo amoroso que merecería ser tratado en una novela con gran sabiduría.



Es tan difícil razonar con alguien que canta a la cursilería y cree que el acercamiento poético es un alimento digno del alma humana, un pan de vida para el corazón, como con el idealista a quien le basta agitar la varita mágica de su imaginación ilimitada para crear miles de refutaciones y apologías entre las que ningún cuerpo puede abrirse paso.



Un libro es como un espejo: si un mono se asoma a él no puede ver reflejado a un apóstol. Carecemos de palabras para hablar con los tontos de sabiduría. Ya es sabio quien entiende a un sabio.



Así se reirán de nosotros nuestros primos: el ángel y el mono.



Si un ángel nos hablara de su filosofía, creo que algunas frases muy bien podrían sonar como "2 por 2 son 13".



También los salvajes huyen más del estruendo de la escopeta que de la bala.



Si bien los peces son mudos, sus vendedoras hablan por todo lo que ellos callan.



En todo momento hacemos algo que ignoramos. Esta capacidad irá en aumento hasta que llegue el día en que el hombre haga todo sin saberlo; su misma razón será la de un animal pensante. La razón tiende a lo animal.



El simio más perfecto no puede dibujar un simio. Sólo el hombre puede hacerlo. Pero también sólo él lo considera una ventaja.



Que el hombre es el ser supremo también se deduce de que ningún otro ha tratado de refutarlo.



La mucha lectura nos ha brindado una barbarie ilustrada.



Descubrir pequeños errores es una actividad de mentes mediocres. Las cabezas más dotadas no mencionan pequeños errores; en todo caso, hacen críticas generales. Y los grandes espíritus crean sin criticar.



Esta frase, él sólo la conoce de oídas.



No es que los oráculos hayan dejado de hablar: los hombres han dejado de escucharlos.



Conozco el gesto de la atención fingida; es el grado más bajo de la distracción.



Se recomienda pensar por uno mismo sólo para distinguir los errores ajenos. Esto es útil en el estudio, pero ¿es suficiente?, ¿cuántas lecturas innecesarias nos ahorraríamos?, ¿acaso leer es estudiar? Alguien ha dicho, con mucha razón que la imprenta ha incrementado la erudición, pero a costa del contenido. Las muchas lecturas son dañinas al pensamiento. De todos los intelectuales que he conocido, los más notables pensadores eran quienes menos habían leído. ¿Acaso no significa nada el placer de los sentidos?



En verdad hay muchos hombres que leen sólo para no pensar.



Muchos hombres (tal vez la mayoría) sólo encuentran algo si antes saben que está ahí.



A lo más a lo que puede llegar un mediocre es a descubrir los errores de quienes lo superan.



Hay ineptos entusiastas. Gente muy peligrosa.



Nada obstruye tanto el avance de la ciencia como creer que se sabe lo que aún no se sabe. Éste es el error en el que incurren los entusiastas inventores de hipótesis.



Era tan ingenioso que cualquier cosa le servía de punto intermedio entre dos cosas cualquiera.



Nuestra miserable educación nos obliga a olvidar en la segunda mitad de la vida lo que hemos aprendido en la primera. Por eso escribir en forma llana cuesta tanto esfuerzo. Y luego dicen que todo lo que cuesta esfuerzo es sencillo y bueno.



Él pensaba zanjar eso con la espada o con argumentaciones hermenéuticas.



También los grandes hombres se equivocan, y algunos con tanta frecuencia que uno casi se siente tentado a considerarlos pequeños.



Ya en la escuela tenía la mala costumbre de pintar barbas en los retratos de los maestros. Ahora hace reseñas célebres.



Casi todos los eruditos son más supersticiosos de lo que confiesan, e incluso de lo que ellos mismos piensan. Es difícil liberarse por completo de los malos hábitos. Lo único posible es ocultarlos y evitar su mal efecto.



De acuerdo con Voltaire, es muy peligroso tener razón en cosas en las que no la han tenido grandes hombres.



Eso lo hacen los salvajes en Tanta y los civilizados en Sachsenhausen.



No cesaba de buscar citas: todo lo que leía pasaba de un libro a otro sin detenerse en su cabeza.



Lo que hace que uno siempre sospeche del Absoluto de la belleza en las estatuas griegas es que para distinguirlo haga falta cierto tipo de erudición.



Creo que Rousseau dijo: "un niño que sólo conoce a sus padres, ni a ellos los conoce bien". Esta idea se puede aplicar a muchos otros conocimientos, de hecho a todos los que no tienen un carácter puro: quien sólo entiende de química, ni de eso entiende bien."



En el mundo uno encuentra con mayor frecuencia el consejo que el consuelo.



Es cierto que ya no quemamos brujas, pero a cambio quemamos cada carta en la que se dice una verdad incómoda.



Las lecturas precoces o excesivas nos proveen de materiales no asimilados con los que nuestra memoria se acostumbra a administrar la sensibilidad y el gusto. A veces necesitamos una filosofía profunda para que nuestros sentimientos regresen al primer nivel de la inocencia y podamos encontrar por nosotros mismos la salida entre los escombros de las cosas desconocidas, empezar a sentir por nosotros mismos, a hablar por nosotros mismos y, me atrevería a decir, aun a existir por nosotros mismos.



Comerciaba con tinieblas en pequeña escala.



¿No es extraño que quienes dominan al género humano ocupen un rango tan superior al de quienes lo educan? Esto revela hasta qué punto el hombre es un animal esclavo.



En Roma hubo un tiempo en que se educaba mejor a los peces que a los niños. Nosotros educamos mejor a los caballos. Nada puede ser más extraño que el hombre que amaestra a los caballos de palacio disponga de un sueldo de 1000 táleros y que los encargados de amaestrar a los súbditos, los maestros de escuela, se mueran de hambre.



Casi todos los hombres fundan su escepticismo respecto a una cosa en la fe ciega en otra.



Las hipótesis de algunos innovadores aún no se oponen a la experiencia, pero me temo que un día será la experiencia la que se oponga.



Encuentran la verdad en la naturaleza. Luego la arrojan a un libro donde queda aun en peor estado.



Un rey ordena que en la cadena perpetua una piedra sea tomada por un diamante.



[...] Aunque pensar es para el hombre tan natural como rumiar para el buey, ahora ha hecho de ello un negocio. Lo bueno le cuesta trabajo.



En defensa del chiste. En tiempos más fáciles que el nuestro, los filósofos pudieron preguntarle al cielo por qué había creado el mal, algo tan desagradable. Es de esperarse que nuestra solemne década pronto le pregunte por qué permitió que existieran las mariposas de colores y los arcoíris, que videntemente sólo sirven para que se alegren las muchachas y los niños callejeros o para que un físico ocioso se extravíe en su contemplación.



No entender es razón suficiente para dudar. Ciertos señores intentan revertir la frase y pretenden que sus escritos no se entienden porque uno los pone en duda.



Pues el dinero es eso que hace que alce la barbilla, camine con más desenvoltura, pise con más seguridad y embista a los otros con más fuerza.



Todos los males del mundo se deben a la irreflexiva veneración de viejas leyes, viejas costumbres, viejas religiones.



El hombre tenía tal entendimiento que ya casi no servía para nada.



Me temo que nuestra educación es tan cuidadosa que nos alimenta con fruta en miniatura [...].



Era un pensador tan minucioso que siempre veía un grano de arena antes que una casa.



Nada puede contribuir tanto a la tranquilidad del alma como no tener opinión alguna.



No doy un céntimo a cambio de todas las opiniones de un hombre que, por ejemplo, sea capaz de ir descalzo a Roma para arrojarse a los pies del Apolo del Vaticano. Esa gente habla de sí misma hasta cuando cree que habla de otras cosas. Es difícil que la verdad caiga en peores manos.



Hay gente que cree que todo lo que se hace con cara seria es razonable.



El tipo se tomó la molestia de descubrir mis errores. Puesto que el servicio que me ha prestado no es precisamente el más agradable, creo que tengo derecho a cierta reparación. Exijo que publique algo de su trabajo.



14 de junio de 1791. Me pregunto si al imponerle a un asesino el castigo de la rueda no caemos en el error del niño que golpea la silla con la que se tropieza.



Sufro a diario al ver que la mayoría de las ciencias impartidas en las universidades enseñan tantas cosas que no sirven para nada, como no sea para que los jóvenes las vuelvan a enseñar; el griego se enseña para que se pueda volver a enseñar, y así es como pasa del maestro al alumno que, en el mejor de los casos, será un maestro que volverá a formar maestros.



¿Quién quiere desmontar cuando puede demoler?



Fingir ante gente inteligente es, en la mayoría de los casos, más difícil que realmente convertirse en lo que se quiere aparentar.



El bien público de ciertas naciones se decide a partir de la mayoría de votos, a pesar de que cualquiera acepta que hay más hombres malos que buenos.



Ciertas personas saben todo como se sabe una adivinanza cuya solución se ha leído o se ha escuchado. Ésta es la peor clase de sabiduría, la que menos debería adquirir el hombre; más bien habría que preocuparse de adquirir los conocimientos que, en caso necesario, sirvieran para descubrir por uno mismo lo que otros tienen que leer [...].



Es difícil que en el mundo haya mercancía más singular que los libros. Son impresos, vendidos, encuadernados, reseñados y a veces hasta escritos por gente que no los entiende.



El hombre no era precisamente una lumbre pero sí un candelabro bastante grande (cómodo). Sostenía opiniones ajenas.



En la actualidad el hombre es un ser tan desarrollado que incluso cuenta con una ciencia en donde los inventos inventan errores y los descubrimientos descubren errores.



Es probable que todos los padres hayan creído en algún momento que sus hijos eran muy originales. Sin embargo, creo que los padres intelectuales están más expuestos a esta terna equivocación que cualquier otra clase de padres.



Me gustaría dar algo a cambio de saber con exactitud por quién fueron hechos los actos que según la versión oficial fueron hechos por la patria.



El error fundamental de X es que desconfía de todos, salvo de unos cuantos aduladores. Es un ser absolutamente político: nunca se ven ni se escuchan sus propias convicciones [...].



Nada me resulta más agradable que analizar la relación entre mi razón y mis gustos o repulsas, es decir, cobrar conciencia de lo que soy en el mundo, o de por qué lo soy. Creo que toda nuestra filosofía consiste en cobrar conciencia de algo que ya somos de un modo mecánico. Es extraño que el cielo nos haya dado tanto margen de juego, aunque tal vez nos podemos equivocar tanto en broma para impedir que nuestro libre albedrío nos lleve a equivocarnos en serio.



Hasta qué punto las cosas dependen de las apariencias es algo que se puede ver al tomar café en copas de vino (una bebida noble), al sentarse a la mesa y cortar la carne con tijeras o, como lo aprecié en una ocasión, al untar mantequilla con una vieja, aunque muy limpia, navaja de afeitar.



Con demasiada frecuencia la "noble sencillez" en las obras de la naturaleza tiene su origen en la noble ignorancia de quien las contempla.



Tratar de que todo lo humano se remonte a un principio elemental significa presuponer que, a fin de cuentas, dicho *principium* debe existir, y ¿cómo se comprueba esto?



Creer que actuamos con libertad cuando en realidad somos máquinas, ¿no será también una forma de razón? Nos resulta imposible advertir los orígenes. Percibimos lo ocurrido, no cómo ocurre. En cuanto creemos que hacemos algo, ya lo hemos hecho.



Cuando alguien hace algo con mucho entusiasmo generalmente está interesado en el asunto por algo que no es el asunto mismo. Si esta idea se investiga a fondo, la recompensa será abundante.



Las cosas más grandes del mundo se propician por caminos a los que no damos importancia, causas pequeñas que pasamos por alto y que se repiten incesantemente.



[...] Tal parece que el cielo se ha reservado para sí comunicar las ideas y los descubrimientos más singulares, pues éstos rara vez son fruto del empeño.



Para sentir con plenitud algo bueno que nos provoca indiferencia debemos pensar que lo habíamos perdido y lo acabamos de recuperar en ese instante. Sin embargo, se requiere mucha experiencia en toda clase de sufrimientos para que esta tentativa se cumpla felizmente.



Lo que nuestro mundo considera "criminal" rara vez es aquello que merece un castigo, sino algo que se aferra como una raíz a nuestra vida a través de la larga cadena de los hechos: aquello que depende de nuestra voluntad y que nos hubiera sido más fácil evitar.



No se trata de odio a los vicios sino de miedo a los grilletes o, dicho de otro modo, ¿quién puede distinguir en cada caso la virtud del miedo a los grilletes?



Desarrollar la frase: así como aun los actos más ruines y vergonzosos requieren de cierta inteligencia y cierto talento, así también los actos más grandiosos requieren de una cierta insensibilidad que en otras circunstancias se llama estupidez.



Las sensaciones fuertes, de las que tanto se precian algunos, generalmente no son más que una disminución del entendimiento.



Los habitantes de Tahití comen separados unos de otros y no comprenden que sea posible comer en sociedad, en especial con las mujeres. Banks se sorprendió y les preguntó por qué comían solos. Dijeron que lo hacían porque así era correcto, pero no quisieron ni pudieron decir por qué era correcto.



Hay una gran diferencia entre creer en algo y no poder creer lo contrario. Con frecuencia creo en algo sin poderlo comprobar, del mismo modo en que descreo de algo sin poderlo refutar. El partido que tomo no depende de pruebas estrictas, sino de un sobrepeso: es una cuestión de preponderancia.



Para la materia inanimada, la atracción parece ser lo mismo que el amor propio para la viva.



Algunos médicos pretenden que el género humano le debe las enfermedades venéreas y otras más a las sátiras que ha hecho de los médicos.



Debe investigarse si acaso es posible hacer algo sin tener en mente el interés propio.



La disputa entre significar y ser, que tanto daño ha causado a la religión, quizá hubiera sido más benévola de haberse aplicado a otras materias, pues una causa común de nuestro infortunio consiste en creer que las cosas realmente son lo que sólo significan.



[...] Quien imita sin reconocer las causas de su imitación se derrumba en cuanto lo abandona la mano que lo guía.



Nuestros antepasados lo ordenaron por buenas razones. Nosotros lo cancelamos por buenas razones.



El primer americano que descubrió a Colón hizo un descubrimiento atroz.



Eso fue antes de que el tiempo tuviera barba.



Amarse a sí mismo al menos tiene una ventaja: no hay muchos rivales.



Cuando se ha bebido, más vale tener buena puntería.
Buscar la relación entre el tiro al blanco y la poesía.



En sus opiniones se nota lo mucho que le afecta el clima.



En Zezu los profesores enseñan sentido común. Los estudiantes viven abatidos.



El mejor refugio contra las tormentas del destino sigue siendo una tumba.



Me parece imposible demostrar que somos la obra de un ser superior y no el pasatiempo de uno bastante defectuoso.



Para hacer ruido se escoge a la gente más pequeña, los tambores.



[...] Lo que buscamos siempre está en el último bolsillo en el que metemos la mano.



Es bien sabido que después del agua, lo más importante que el hombre tiene es la vida.



En cierto sentido, todos los experimentos son monstruos.



Nuevas vistas a través de viejos agujeros.



Fe de las erratas cometidas en la fe de erratas.



Hacer todo lo contrario también es imitar. Imitar todo lo contrario.



Hacer que el tiempo sea cultivable.



El vuelo audaz del hombre atolondrado.



Es polvo de diamante: ya no tiene brillo pero ayuda a pulir brillos.



No hay duda de que si el hombre no se cortara las uñas, éstas le crecerían excesivamente y le dificultarían muchas de las acciones que hoy lo enaltecen. Esta mutilación ha sido de gran provecho. Por eso siempre he considerado que morderse las uñas es un instinto de educarse y por eso uno se muerde las uñas ante una pregunta espinosa o ante cualquier problema difícil. Si no se logra mucho con ello, al menos se practica el perfeccionamiento.



Quien tiene menos de lo que ambiciona, debe saber que tiene más de lo que merece.



La tendencia humana de interesarse en minucias ha conducido a grandes cosas.



Unas cuantas docenas de millones de minutos hacen una vida de 45 años y algo más.



Siempre he visto que la ambición voraz y la desconfianza van juntas.



Cada cosa tiene sus días hábiles y sus días festivos.



¿Qué es más fácil para el hombre: reír o estornudar?



El mundo es un cuerpo común a todos los hombres. Los cambios que en él ocurren producen cambios en el alma de todos los hombres que lo encaran.



Las debilidades dejan de ser dañinas en cuanto las conocemos.



Es cierto que no puedo hacerme mis zapatos, pero, señores, no permito que me escriban mi filosofía.



Es una desgracia que un hombre con aptitudes llegue a un puesto por recomendaciones de hombres que tienen una opinión demasiado elevada de él y esperan un desempeño extraordinario que no puede brindar. Siempre es mejor que el puesto esté por debajo de las aptitudes.



La duda no debe ser otra cosa que vigilancia, de lo contrario, puede ser peligrosa.



No hay falsedad más peligrosa que una verdad ligeramente deformada.



Donde la moderación es un error, la indiferencia es un crimen.



El hombre tiene un instinto irrevocable para creer que no lo ven cuando él no ve. Como los niños que se tapan los ojos para no ser vistos.



Toda imparcialidad es artificial. El hombre siempre es parcial y hace bien en serlo. Incluso la imparcialidad es parcial. Él pertenecía al partido de los imparciales.



Así como se encuentra agua al excavar, tarde o temprano el hombre encuentra lo incomprendible en todas partes.



Contra el público: aunque fuéramos eso por lo que nos tomas aun así tu conducta sería ofensiva en exceso; aunque fueras lo que debieras ser, aun así nuestro respeto sería grande en exceso. Hermoso saldo.



No hay seña más firme de integridad intelectual que desconfiar con natural autenticidad de todas las muestras de fortaleza humana.



Un invento siempre puede ser visto como algo que se había perdido y, por así decirlo, se tenía trasapelado en la cabeza. Quien no ha perdido nada en su cabeza, no puede encontrar nada.



Tal vez lo más cercano a la felicidad total es aprender a concebir que nadie es completamente feliz. En realidad nadie es del todo feliz; sin embargo, hay muchos grados de sufrimiento, y esto es lo malo.



[...] Incluso la superstición es filosofía local, también ella da su opinión.



Como todas las cosas corrosivas, el chiste y el humor deben emplearse con cautela.



Por lo general, no pasa mucho tiempo antes de que algo muy extraño deje de ser inexplicable; lo inexplicable ya no es extraño, y quizá nunca lo fue.



Quien dice que odia toda clase de elogios, y lo dice en serio, aún no ha conocido todas las clases, ni en forma ni en contenido.



Una experiencia de toda la vida: cuando no se dispone de otros medios, el carácter de un hombre se conoce por una broma que no soporta.



Casi siempre el "agudo conocimiento humano" no es más que un reflejo; nuestras propias debilidades reflejadas en los otros.



Donde antes estaban las fronteras de la ciencia, ahora está el centro.



Quien se conoce bien a sí mismo, pronto conocerá a los demás. Todo es reflejo.



El primer paso de la sabiduría: criticarlo todo; el último: soportarlo todo.



Todos nos sumergimos en el mar de la eternidad; mientras más elástica es nuestra constitución, más dura el tiempo en que emitimos burbujas, pero al final, cuando cesan las burbujas, todos somos olvidados.



La característica principal de la verdadera libertad y de su verdadera práctica es el abuso que se hace de ellas.



Creo que a fin de cuentas el hombre es un ser tan libre que no se le puede disputar el derecho a ser lo que cree que es.



Una regla de oro: no hay que juzgar a los hombres por sus opiniones sino por aquello en lo que sus opiniones los convierten.



Para ver algo nuevo hay que hacer algo nuevo.



Aforismos
se terminó de
editar en mayo de 2015 en las
oficinas de la Editorial
Universidad de Guadalajara, José
Bonifacio Andrada 2679, Lomas
de Guevara, 44657 Guadalajara,
Jalisco

Jorge Orendáin Caldera
Cuidado editorial

Sol Ortega Ruelas
Diseño y diagramación